

CAPÍTULO IV

EL CASAMIENTO POR VENGANZA

Novela

«Rogerio, rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo, se rebeló contra él y encendió en el reino una guerra no menos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del rey, quien se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebelión; clemencia que sólo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de algunos vasallos suyos, persuadidos de que no había perdonado la vida á su hermano sino para ejercer en él una venganza lenta é inhumana. Todos los demás, con mayor fundamento, atribufan á sola su hermana Matilde el duro trato que á Manfredo se le daba en la prisión. Con efecto, esta princesa siempre había aborrecido á aquel desgraciado príncipe y no cesó de perseguirle mientras él vivió. Murió Matilde poco después de Manfredo, y su temprana muerte se tuvo como justo castigo de su desapiadado corazón.

»Dejó dos hijos Manfredo, ambos de tierna edad. Vaciló por algún tiempo Rogerio sobre si les haría quitar la vida, temiendo que en edad más avanzada no les ocurriese la idea de vengar el cruel trato que se había dado á su padre, resucitando un partido que todavía se sentía con fuerzas para causar peligrosas turbaciones en el Estado. Comunicó su pensamiento al senador Leoncio Sifredo, su primer ministro, quien para disuadirle de aquel intento se encargó de la educación del príncipe Enrique, que era el primogénito, y aconsejó al rey que confiase la del más joven, por nombre don Pedro, al condestable de

Sicilia. Persuadido Rogerio de que estos dos fieles ministros educarían á sus sobrinos con toda la sumisión que á él se le debía, los entregó á su lealtad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constanza. Era ésta de la edad de Enrique é hija única de la princesa Matilde. Púsole maestros que la enseñasen y criadas que la sirviesen, sin perdonar nada para su educación.

»Tenía Sifredo una quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio llamado Belmonte. En ella se dedicó este ministro á dar á Enrique una enseñanza por la que mereciese con el tiempo ocupar el real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel príncipe prendas tan amables, que se aficionó á él como si no tuviera otros hijos, aunque era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba doña Blanca, contaba un año menos que el príncipe y estaba dotada de singular hermosura: la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento había costado la vida á su madre, se hallaba aún en la cuna. Enamoráronse uno de otro Blanca y Enrique, luego que fueron capaces de amor; pero no tenían libertad de hablarse á solas. Sin embargo, no dejaba el príncipe de lograr tal cual vez alguna ocasión para ello. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo á que le permitiese poner por obra un designio que estaba meditando. Sucedió oportunamente en aquel tiempo que Leoncio, de orden del rey, se vió precisado á hacer un viaje á una de las provincias más remotas de la isla, y durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su cuarto, que estaba pared por medio del de doña Blanca. Cerróla con un bastidor y tablas de madera tan ajustadas á la abertura y pintadas del mismo color del tabique, que no se distinguía de él, ni era fácil que se conociese el artificio. Un hábil arquitecto, á quien el príncipe había confiado su proyecto, ejecutó esta obra con tanta diligencia como secreto.

»Por esta puerta se introducía algunas veces el enamorado Enrique en el cuarto de doña Blanca, pero sin abusar jamás de aquella licencia. Si Blanca tuvo la imprudencia de permitir una entrada secreta en su estancia, fué no obstante confiada en las palabras que él le había dado de que nunca pretendería de ella sino los favores más inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso el haber sabido que Rogerio estaba gravemente enfermo y que había despachado una estrecha orden á Sifredo de que pasase á la corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran canciller del reino. Figurábase ver á Enrique ya en el trono, y temía perderle cuando se viese en aquella elevación; este temor le causaba mucha inquietud. Tenía bañados de lágrimas los ojos cuando entró en su cuarto Enrique.

— »Señora, le dijo, ¿qué novedad es esta? ¿Cuál es el motivo de esa profunda tristeza?

— »Señor, respondió ella, no puedo ocultaros mi sobresalto. El rey vuestro tío dejará presto de vivir, y vos ocuparéis su lugar. Cuando considero lo que va á alejaros de mí vuestra grandeza, confieso que me aflijo. Un monarca mira las cosas con ojos muy diversos que un amante, y aquello mismo que era todo su embeleso cuando reconocía un poder superior al suyo, apenas le hace más que una ligera impresión en la elevación del trono. Sea presentimiento, sea razón, siento en mi pecho movimientos que me agitan y que no alcanza á calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad; no desconfío de vuestro amor, desconfío solamente de mi ventura.

— »Adorable Blanca, replicó el príncipe, obliganme tus temores, y ellos justifican mi pasión á tus atractivos; pero el exceso á que llevas tus desconfianzas ofende mi amor y, si me atrevo á decirlo, la estimación que me debes. No, no, no pienses que mi suerte pueda separarse de la tuya; cree más bien que tú sola serás siempre mi alegría y mi felicidad. Destierra, pues, de tí ese vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos?

— »¡Ah, señor!, replicó la hija de Leoncio; luego que vuestros vasallos os vean coronado, os pedirán por reina una princesa que descienda de una larga serie de reyes, cuyo brillante himeneo añade nuevos Estados á los vuestros, y tal vez ¡ay! vos corresponderéis á sus esperanzas aun á pesar de vuestras más firmes promesas.

— »Y ¿por qué, repuso Enrique no sin alguna alteración, por qué te anticipas á figurarte una idea triste de lo venidero? Si el cielo dispusiere del rey mi tío, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi corte. Así lo prometo, poniendo por testigo todo lo más sagrado que se conoce entre nosotros.

»Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique, y lo restante de la conversación se redujo á hablar de la enfermedad del rey, manifestando Enrique en este caso la bondad y nobleza de su corazón. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el monarca su tío, pudiendo más en él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aún no sabía Blanca todas las desdichas que la amenazaban. Habiéndola visto el condestable de Sicilia á tiempo que ella salía del cuarto de su padre, un día que él había venido á la quinta de Belmonte á negocios importantes, quedó ciegamente prendado de ella; pidióselo á Sifredo al día siguiente y éste se la concedió; mas

sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio, se suspendió el casamiento, del que doña Blanca no habría sido sabedora.

»Una mañana, al acabar Enrique de vestirse, quedó singularmente sorprendido de ver entrar en su cuarto á Leoncio, seguido de doña Blanca.

— »Señor, le dijo aquel ministro, vengo á daros una noticia que sin duda os afligirá, pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acabá de morir el rey vuestro tío, y por su muerte quedáis heredero de la corona. Sicilia es ya vuestra. Los grandes del reino están aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, señor, vengo encargado de ellos á recibirlas de vuestra boca, y en compañía de mi hija Blanca, para rendiros los dos el primero y más sincero homenaje que os deben todos vuestros vasallos.

»Al príncipe no le cogió de nuevo esta noticia, por estar ya informado dos meses antes de la grave enfermedad que padecía el rey, que poco á poco iba acabando con él. Sin embargo, quedó suspenso algún tiempo; pero, rompiendo después el silencio y volviéndose á Leoncio, le dijo estas palabras:

— »Prudente Sifredo, te miro y te miraré siempre como á padre, y me alegraré de gobernarne por tus consejos: tú serás rey de Sicilia más que yo.

»Dicho esto, se llegó á una mesa donde había una escribanía, tomó un pliego de papel y echó en él su firma en blanco...

— »¿Qué hacéis, señor?, le interrumpió Sifredo.

— »Mostraros mi amor y mi gratitud, respondió Enrique.

»Y en seguida presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndole:

— »Recibid, señora, esta prenda de mi fe y del dominio que os doy sobre mi voluntad.

»Tomó Blanca, cubriéndose su hermosa cara de honestísimo rubor, y respondió al príncipe:

— »Recibo con respeto las gracias de mi rey; pero estoy sujeta á un padre y espero que no llevaréis á mal que ponga en sus manos vuestro papel para que use de él como le aconsejare su prudencia.

»Entregó efectivamente á su padre el papel con la firma en blanco de Enrique. Conoció entonces Sifredo lo que hasta aquel punto no había descubierto su penetración. Comprendió toda la intención del príncipe y le contestó diciendo:

— »Espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamás abusaré de ella.

— »Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar semejante caso: sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel, no dudes que

siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, dispón todo lo necesario para mi coronación y di á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad y á darles las mayores seguridades de mi amor.

»Obedeció el ministro las órdenes de su nuevo amo y marchó á Palermo, llevando consigo á doña Blanca.

»Pocas horas después partió también de Belmonte el mismo Enrique, pensando más en su amor que en el elevado puesto á que iba á ascender.

»Luego que se dejó ver en la ciudad, resonaron en el aire mil aclamaciones de alegría, y entre ellas entró Enrique en palacio, donde halló ya hechos todos los preparativos para su coronación. Encontró en él á la princesa Constanza, vestida de riguroso luto, mostrándose traspasada de dolor por la muerte de Rogerio. Hicieronse los dos sobre este asunto recíprocos cumplidos, y ambos lo desempeñaron con discreción, aunque con algo más de frialdad por parte de Enrique que por la de Constanza, la cual, no obstante los disturbios de la familia, nunca había querido mal á este príncipe. Ocupó el rey el trono, y la princesa se sentó á su lado en una silla puesta un poco más abajo. Los magnates del reino se sentaron donde á cada uno según su clase ó empleo le correspondía. Empezó la ceremonia, y Leoncio, que como gran canciller del reino era depositario del testamento del difunto rey, dió principio á ella leyéndolo en alta voz. Contenía en substancia que, hallándose el rey sin hijos, nombraba por sucesor en la corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condición de casarse con la princesa Constanza, y que si no quería darle la mano de esposo, quedase excluído de la corona de Sicilia y pasase ésta al infante don Pedro, su hermano menor, bajo la misma condición.

»Quedó Enrique altamente sorprendido al oír esta cláusula. No se puede expresar la pena que le causó; pero creció hasta lo sumo cuando, acabada la lectura del testamento, vió que Leoncio, hablando con todo el consejo, dijo así:

— »Señores, habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo monarca la última disposición del difunto rey, este generoso príncipe consiente en honrar con su real mano á su prima la princesa Constanza.

»Interrumpió el rey al canciller, diciéndole conturbado:

— »Acordaos, Leoncio, del papel que Blanca...

— »Señor, respondió Sifredo, interrumpiéndole con precipitación sin darle tiempo á que se explicase más, ese papel es este que presento al consejo. En él reconocerán los grandes del reino el augusto sello de V. M., la estimación que hace de la princesa y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto rey su tío.

»Acabadas de decir estas palabras, comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le había llenado. En él prometía el nuevo monarca á sus pueblos, en la forma más auténtica, casarse con la princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplausos de todos los circunstantes, diciendo: «¡Viva el magnánimo rey Enrique!» Como era notoria á todos la aversión que este príncipe había tenido siempre á la princesa, temían, no sin razón, que indignado con la condición del testamento, excitase movimientos en el reino y se encendiese en él una guerra civil que le desolase; pero asegurados los grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oír, esta seguridad dió motivo á las aclamaciones universales que despedazaban secretamente el corazón del nuevo rey.

»Constanza, que por su propia gloria y guiada por un afecto de cariño, tenía en todo esto más interés que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasión para asegurarle de su eterno reconocimiento. Por más que el príncipe quiso disimular su turbación, era tanta la que le agitaba cuando recibió el cumplido de la princesa, que ni aun acertó á responderle con la cortesana atención que exigía de él. Rindióse en fin á la violencia que él se hacía, y llegándose al oído á Sifredo, que por razón de su empleo estaba bastante cerca de su persona, le dijo en voz baja:

— »¿Qué es esto, Leoncio? El papel que tu hija puso en tus manos no fué para que usases de él de esa manera. Vos faltáis...

— »Acordaos, señor, de vuestra gloria, le respondió Sifredo con entereza. Si no dais la mano á Constanza y no cumplís la voluntad del rey vuestro tío, perdióse para vos el reino de Sicilia.

»Apenas dijo esto, se separó del rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso, no pudiendo resolverse á abandonar á Blanca ni á dejar de partir con ella la majestad y gloria del trono. Estando dudoso largo rato sobre el partido que había de tomar, se determinó al cabo, pareciéndole haber hallado arbitrio para conservar á la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Aparentó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisonjeándose de que mientras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima, granjearía á su favor con gracias á los grandes del reino y afianzaría su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condición del testamento.

»Abrazado este designio, se sosegó un poco, y volviéndose á Constanza, le confirmó lo que el gran canciller le había dicho en público; pero en el mismo punto en que hacía traición á su propio corazón, ofreciendo su fe á la prince-

sa, entró Blanca en la sala del consejo, adonde iba de orden de su padre á cumplimentar á la princesa, y llegaron á sus oídos las palabras que Enrique le decía. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, le dijo, presentándola á Constanza:

— »Rinde, hija mía, tu fidelidad y respeto á la reina tu señora, deseándole todas las prosperidades de un floreciente reinado y de un feliz himeneo.

»¡Golpe terrible que atravesó el corazón de la desgraciada Blanca! En vano se esforzó en disimular su pesadumbre. Demudósele el semblante, encendiéndosele de repente y pasando en un momento de incendio á palidez, con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo, no entró en sospecha alguna la princesa, pues atribuyó el desorden de sus palabras á la natural cortedad de una doncella criada lejos del trato de la corte y poco acostumbrada á ella. No sucedió lo mismo con el rey, quien perdió toda su compostura y majestad á vista de Blanca y salió fuera de sí mismo leyendo en sus ojos la pena que la atormentaba. No dudó que, creyendo las apariencias, ya en su corazón le tuviese por un traidor. No habría sido tan grande su inquietud si hubiera podido hablarle; pero ¿cómo era esto posible á vista de toda la Sicilia, que tenía puestos los ojos en él? Por otra parte, el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este ministro todo lo que pasaba en el corazón de los dos amantes, y queriendo precaver las calamidades que podía causar al Estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la concurrencia á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones á casarla cuánto antes.

»Luego que llegaron á aquel sitio, le hizo saber todo el horror de su suerte. Declaróle que la había prometido al condestable.

— »¡Santo cielo!, exclamó transportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre, y ¡qué crueles suplicios tenías guardados para la desgraciada Blanca!

»Fué tan violento su arrebato, que todas las potencias de su alma quedaron suspensas. Helado su cuerpo, frío y pálido, cayó desmayada en los brazos de su padre. Conmoviéronse las entrañas de éste viéndola en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecía su hija, se mantuvo firme en su primera determinación. Volvió Blanca en sí, más por la fuerza de su mismo dolor que por el agua con que la roció su padre. Abrió los desmayados ojos, y viendo la priesa que se daba á socorrerla:

— »Señor, le dijo con voz casi apagada, me avergüenzo de que hayáis visto mi flaqueza; pero la muerte, que no puede tardar ya en poner fin á mis tor-

mentos, os libraré presto de una hija desdichada que sin vuestro consentimiento se atrevió á disponer de su corazón.

— »No, amada Blanca, repuso Leoncio, no morirás: antes bien espero que tu virtud volverá presto á ejercer sobre ti su poder. La pretensión del condestable te da honor, pues bien sabes que es el primer hombre de Estado.

— »Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, señor, el rey me había hecho esperar...

— »Hija, dijo Sifredo interrumpiéndola, sé todo lo que me puedes decir en este asunto. No ignoro el afecto con que miras á ese príncipe, y ciertamente que en otras circunstancias, lejos de desaprobarlo, yo mismo procuraría con todo empeño asegurarte la mano de Enrique, si el interés de su gloria y el del Estado no le pusieran en precisión de dársela á Constanza. Con esta única é indispensable condición le declaró por sucesor suyo el difunto rey. ¿Quieres tú que prefiera tu persona á la corona de Sicilia? Créeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te aflige: con todo eso, supuesto que no podemos luchar contra el destino, haz un esfuerzo generoso. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el reino que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea: fuera de que tu pasión al rey podía dar motivo á rumores poco favorables á tu decoro; y para evitarlos, el único medio es que te cases con el condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar; el rey te deja por un trono y da su mano á Constanza. Al condestable le tengo dada mi palabra: desempñala tú, te ruego; y si para resolverte fuera necesario que me valga de mi autoridad, te lo mando.

»Dichas estas palabras, la dejó, dándole lugar para que reflexionase sobre lo que acababa de decirle. Esperaba que después de haber pesado bien las razones de que se había valido para sostener su virtud contra la inclinación de su corazón, se determinaría por sí misma á dar la mano al condestable. No se engañó en esto; pero ¡cuánto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolución! Hallábase en el estado más digno de lástima: el sentimiento de ver que habían pasado á ser evidencias sus presentimientos sobre la deslealtad de Enrique, y la precisión, no casándose con él, de entregarse á un hombre á quien no le era posible amar, causaban en su pecho unos impulsos de aflicción tan violentos, que cada instante era un nuevo tormento para ella.

— »Si es cierta mi desgracia, decía, ¿cómo es posible que yo resista á ella sin costarme la vida? Desapiadada suerte, ¿á qué fin me lisonjeabas con las más dulces esperanzas, si habías de arrojarme en un abismo de males? ¡Y tú, pérfido amante, tú te entregas á otra cuando me prometes una fidelidad eterna!

¿Has podido tan pronto olvidarte de la fe que me juraste? Permita el cielo en castigo de tu cruel engaño que el lecho conyugal que vas á manchar con un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos, en vez de los lícitos placeres que esperas; que las caricias de Constanza derramen veneno en tu fermentido pecho, y que tu himeneo sea tan funesto como el mío. ¡Sí, traidor!, ¡sí, falso! Seré esposa del condestable, á quien no amo, para vengarme de mí misma y para castigarme de haber elegido tan mal el objeto de mi loca pasión. Ya que la religión no me permite darme la muerte, quiero que los días que me quedan de vida sean una cadena de pesares y molestias. Si conservas todavía algún amor hacia mí, será vengarme también de ti el arrojar me á tu vista en los brazos de otro; pero si me has olvidado enteramente, podrá á lo menos gloriarse Sicilia de haber producido una mujer que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazón.

»En esta dolorosa situación pasó la noche que precedió á su matrimonio con el condestable aquella infeliz víctima del amor y del deber. El día siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió prisa á no malograr tan favorable coyuntura. Hizo ir aquel mismo día al condestable á Belmonte, y se celebró en secreto el matrimonio en la capilla de aquella quinta. ¡Oh, y qué día aquel para Blanca! No le bastaba renunciar á una corona, perder un amante amado y entregarse á un objeto aborrecido, sino que era menester hacerse la mayor violencia y disimular su angustia delante de un marido naturalmente celoso y que le profesaba veheméntísimo cariño. Lleno de júbilo el esposo porque era ya suya, no se apartaba un momento de su lado y ni aun la dejaba el triste consuelo de llorar á solas sus desgracias. Llegó la noche y con ella la hora en que á la hija de Leoncio se le aumentó la pena. Pero ¡qué fué de ella cuando, habiéndola desnudado sus criadas, la dejaron sola con el condestable! Preguntóle éste respetuosamente cuál era el motivo de aquel decaimiento en que parecía que estaba. Turbó esta pregunta á Blanca, quien fingió que se sentía indispuesta. Al pronto quedó el esposo engañado, pero permaneció poco en su error. Como verdaderamente le tenía inquieto el estado en que la veía, y la instaba á que se acostase, estas instancias, que ella interpretó mal, ofrecieron á su imaginación la idea más amarga y cruel; tanto, que no siendo ya dueña de poderse reprimir, dió libre curso á sus suspiros y á sus lágrimas. ¡Oh, qué espectáculo para un hombre que pensaba haber llegado al colmo de sus deseos! Entonces ya no puso duda en que en la aflicción de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero para su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en tér-

minos casi tan deplorables como los de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándole palabra de que la dejaría reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas si juzgaba que su asistencia le podía servir de algún alivio. Respondió Blanca, serenada con esta promesa, que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento que sentía. Fingió creerla el condestable. Acostáronse los dos, y pasaron una noche muy diferente de la que conceden el amor y el himeneo á dos amantes apasionados.

»Mientras la hija de Sifredo se entregaba á su dolor, andaba el condestable considerando dentro de sí qué cosa podía ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadíase que tenía algún competidor; pero cuando le quería descubrir, se enredaban y confundían sus ideas; y sabía solamente que él era el hombre más infeliz del mundo. Había pasado con este desasosiego las dos terceras partes de la noche, cuando llegó á sus oídos un ruido confuso. Quedó sumamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos en su mismo cuarto. Túvolo por ilusión, acordándose de que él por sí había cerrado la puerta luego que se retiraron las criadas de Blanca. Descorrió no obstante la cortina de la cama para informarse por sus propios ojos de la causa que podía haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose apagado la luz que había quedado encendida en la chimenea, sólo pudo oír una voz débil y tenue que llamaba repetidamente á Blanca. Encendiéronse entonces sus celosas sospechas, convirtiéndose en furor: sobresaltado su honor, le obligó á levantarse, y considerándose obligado á precaver una afrenta ó á tomar venganza de ella, echó mano á la espada, y con ella desnuda acudió furioso hacia donde creía oír la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya; avanza, y advierte que el otro se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa y sucede al ruido el más profundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del cuarto al que parecía huir, y no le halla. Párase, escucha, y ya nada se oye. ¿Qué encanto es este? Acércase á la puerta, que á su parecer había favorecido la fuga del secreto enemigo de su honra; tiente el cerrojo, y hállala cerrada como la había dejado. No pudiendo comprender cosa alguna de tan extraño suceso, llama á los criados que estaban más cercanos, y como para eso abrió la puerta, cerrando el paso de ella, se mantuvo con cautela para que no se escapase el que buscaba.

»A sus repetidas voces acuden algunos criados todos con luces. Toma él mismo una, y vuelve á examinar todos los rincones del cuarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla, y no descubre ni aun el menor indicio de